

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 191 *Editorial*

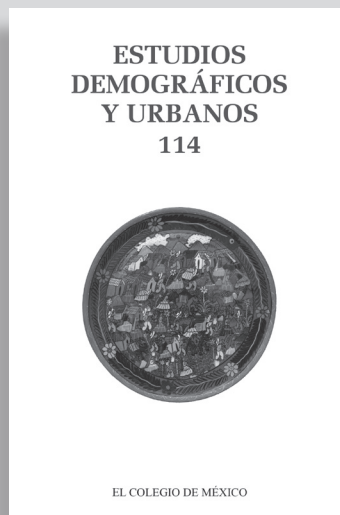
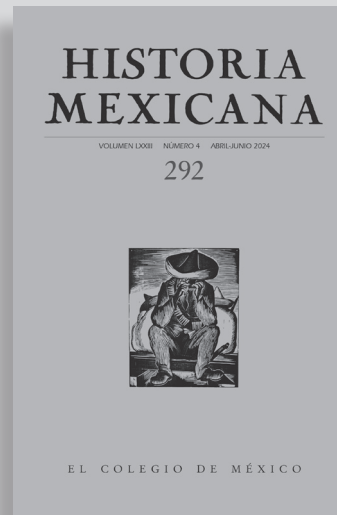
ENERO-MARZO DE 2024

*José
Emilio*

PACHECO:

UNA VIDA DEDICADA A LA LITERATURA

NOVEDADES *editoriales*



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**
Publicaciones

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20,
Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
o correo electrónico: elibro@colmex.mx

Í N D I C E

Presentación

■ 2

Nos hemos quedado sin la voz;
nos hemos quedado sin el poeta
■ *Luzelena Gutiérrez de Velasco* ■ 4

Historia y antología de los
heterodoxos mexicanos
■ *José Emilio Pacheco* ■ 7

Por los territorios
de La Mancha
■ *José Emilio Pacheco* ■ 16

Todos los *Inventarios*
de José Emilio Pacheco en la Biblioteca
“Daniel Cosío Villegas” del Colmex
■ 20

Los *Inventarios* de
José Emilio Pacheco, una enciclopedia
■ *Rafael Olea Franco* ■ 22

José Emilio Pacheco y
los niños zapatistas
■ 25

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 555449 3000, ext. 3077

Presidenta SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ *Secretario general* VICENTE UGALDE SALDAÑA ■ *Coordinadora general académica* ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ *Secretario académico* PATRICIO SOLÍS ■
Secretario administrativo ADRIÁN RUBIO ■ *Directora de publicaciones* GABRIELA SAID ■ *Coordinadora de producción editorial* CLAUDIA PRIANI ■ *Editor* ULISES MARTÍNEZ FLORES ■
Corrector ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinador de promoción y ventas* JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 191, ENERO-MARZO DE 2024

Impresión: Jair Gerardo Seres Hernández, ubicados en Esmeralda 100-303, col. Valle Escondido, 14600, Tlalpan, Ciudad de México, México.

Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.

Presentación



Hace diez años, en enero de 2014, murió inesperadamente José Emilio Pacheco. Como señalará días después Luzelena Gutiérrez de Velasco –profesora-investigadora de El Colegio de México y una de las principales estudiosas de su obra–, con su muerte nos quedamos sin una de las voces más fuertes, más sensibles y más completas de la literatura mexicana.

Al recuerdo de José Emilio Pacheco dedicamos este número del *Boletín Editorial* de El Colegio de México, quien en distintas formas y momentos estuvo presente en las labores de nuestra institución, y lo sigue estando.

Un joven José Emilio Pacheco formó parte del equipo fundador de la revista *Diálogos* que, bajo la dirección de Ramón Xirau, vio la luz en 1964 y que después de los primeros números fue adoptada por nuestra institución. Desde el primer número, Pacheco cubrió la labor de jefe de redacción de la revista y aportó a sus páginas reseñas de libros, colaboraciones a las que muy pronto se agregarían relatos, poemas y ensayos.

Años después, otra sería la participación de José Emilio Pacheco en el Colmex, ahora como “objeto textual”, pues entonces su obra ya era objeto de estudio y la primera investigación académica sobre ella habría de realizarse en nuestras aulas y cubículos, la que dio como producto, en 1979, el libro *Ficción e historia. La narrativa de José Emilio Pacheco*, de Yvette Jiménez de Báez, Diana Morán y Edith Negrín.

En dos ocasiones, el autor de *Las batallas en el desierto* fue invitado de honor en sendos homenajes cuyo escenario fue el auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México: el 24 de junio de 2009, para celebrar su reciente Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y sus 70 años de vida (año singular en su biografía, pues también recibió entonces el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes, que da el Ministerio de Cultura de España); y el 13 de octubre de 2011, cuando El Colegio de México le otorgó el Premio Alfonso Reyes en el campo de las Humanidades.

Este número de nuestro *Boletín Editorial* rememora algunos de estos momentos de la vida del maestro José Emilio Pacheco y otros más, tal vez menos difundidos o desconocidos.

Iniciamos con la breve reflexión de Luzelena Gutiérrez de Velasco sobre la vida y la obra de José Emilio Pacheco, que expresó apenas unos días después de su muerte. Continuamos con la reproducción del primer ensayo publicado por el escritor en la revista *Diálogos*, en 1966: “Historia y antología de los heterodoxos mexicanos”. Recogemos después el discurso que leyó cuando recibió el Premio Cervantes, al que a falta de título oficial hemos bautizado “Por los territorios de La Mancha”.

Abordamos más adelante el tema de su columna periodística *Inventarios*, con dos textos. En el primero, se da cuenta de que desde hace nueve años nuestra Biblioteca “Daniel Cosío Villegas” tiene en su catálogo la colección completa de los *Inventarios* de José Emilio Pacheco (un total de 925 entregas), publicados en ocho voluminosos tomos en una edición no venal, esperando a quien desee consultarlos con fines de investigación, como tema de tesis o por el simple placer de leerla. El segundo, un fragmento del ensayo “El nacimiento de un género: José Emilio Pacheco en el *Excelsior*”, de Rafael Olea Franco.

Concluimos con la colaboración de José Emilio Pacheco, en 1998, en el libro *Las voces del espejo*, un proyecto editorial del Frente Zapatista de Liberación Nacional. ❧

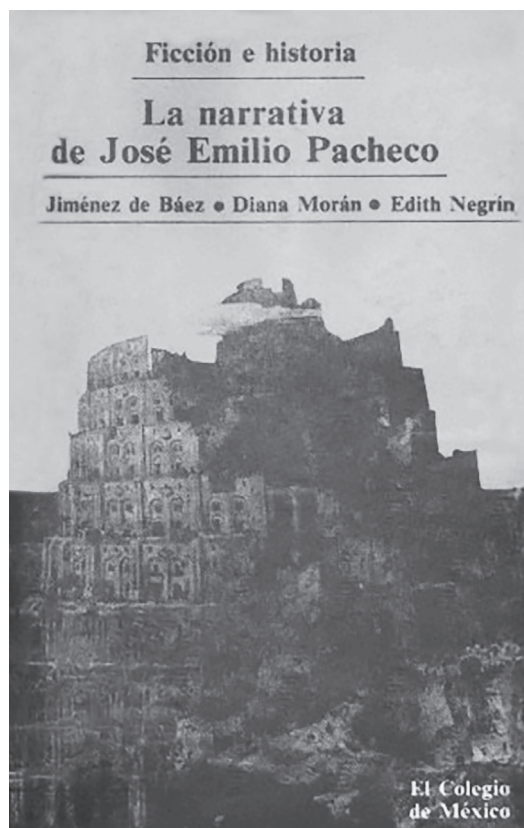
*Nos hemos quedado sin la voz; nos hemos quedado sin el poeta***

Cada siglo puede tener una, dos, a lo sumo tres grandes personalidades en lo que a la literatura se refiere. Esta semana murió José Emilio Pacheco y con él nos hemos quedado definitivamente sin una de las voces más fuertes, más sensibles, más completas de la literatura mexicana. Y digo que es una de las voces más fuertes, más completas y más sensibles de nuestra literatura porque José Emilio Pacheco representa una vida dedicada a la literatura. La literatura mexicana se enriqueció con su participación y toda su obra es una muestra de esa entrega definitiva, total, a la literatura.

José Emilio empezó a escribir desde muy joven, a los 19 años, y sus libros son la representación de ese enorme esfuerzo por amar las letras y dejarnos un legado. ¿Cuál es ese legado? Su poesía es una parte importante de esa representación de la literatura mexicana. Son muchos los libros de poesía que publicó, desde los primeros intentos hasta la recopilación, en el volumen *Tarde o temprano (1958-2009)*, de una obra que el Fondo de Cultura Económica nos ofrece y donde podemos encontrar toda su creación poética.

* Es profesora-investigadora en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México.

** Transcripción del video *José Emilio Pacheco: vida y obra* que grabó la autora con el apoyo y la producción del Programa de Educación Digital de El Colegio de México, días después de la muerte de José Emilio Pacheco. Puede consultarse en <<https://www.youtube.com/watch?v=fCHA62C-LF4>>.



La narrativa es también un legado importante de José Emilio Pacheco, desde *La sangre de Medusa* y *El viento distante*. Son obras en las que la narrativa mexicana encuentra ejemplos perfectos de realización narrativa.

Y José Emilio Pacheco también tiene una obra importante en lo que se refiere a la difusión de la



literatura: el comentario, la crítica, la crítica política en sus *Inventarios*. Sus *Inventarios* están ahí como otro más de los ramales del legado de José Emilio Pacheco.

Si quisiéramos hablar un poco de su poesía, nos daríamos cuenta de que fue premonitorio en muchas cosas; lo fue porque escribe poemas donde, si quisiéramos verlo así, tuvo la premonición incluso de su propia muerte. Escribe un poema que dedica a Rosario Castellanos, pero en el que pareciera que nos está hablando de su despedida. Es un poema que se llama “Presencia”. Ha sido multicitado, pero creo que vale la pena recordarlo:

¿Qué va a quedar de mí cuando me muera
sino esta llave ileta de agonía,
esas breves palabras con que el día
regó ceniza entre la sombra fiera?
¿Qué va a quedar de mí cuando me hiera
esa daga final? Acaso mía
será la noche fúnebre y vacía.
No volverá a su luz la primavera,
no quedará el trabajo ni la pena
de creer ni de amar. El tiempo abierto,
semejante a los mares y al desierto,

ha de borrar de la confusa arena
todo cuanto me salva o encadena.
Y si alguien vive, yo estaré despierto.

Sabía que no iba a llegar la primavera, tal vez.

Por otro lado, en su narrativa encontramos desde el ejemplo del microrrelato perfecto hasta la gran novela, la compleja novela experimental que es el caso de *Morirás lejos*, una novela del año 1967, que encontramos que es hermana de otras grandes novelas mexicanas en las que el dominio de la escritura y la experimentación con el lenguaje llegan a esa grandeza del dominio literario y narrativo.

Por otra parte, cada uno de sus versos, cada una de sus palabras, nos comunican la sensibilidad de ese hombre humilde, sencillo, pero, al mismo tiempo, uno de los más grandes eruditos en la cultura mexicana, porque era un gran conocedor de la literatura del siglo XIX, de la literatura francesa, de la literatura inglesa, y nos enseñó a todos a comprender esa literatura.

Creo que los mexicanos somos, de una u otra forma, todos, lectores de la literatura de José Emilio Pacheco porque una de sus novelas, *Las batallas en el desierto*, ganó el corazón y la entrega de

los jóvenes de los que tenemos nostalgia por los años cincuenta, los años sesenta; esa novela logró reunir todo ese grupo de experiencias de vida vinculada con esos años, con la creación de personajes que nos comunican esas vivencias.

Debemos decir también que José Emilio Pacheco ha sido un amigo de El Colegio de México y que esta relación ha sido constante. Estuvo presente en muchos de nuestros coloquios; lo recordamos siempre como uno de los conferencistas magistrales siempre que abordamos temas sobre el siglo XIX. Tuvimos la alegría de otorgarle el Premio Alfonso Reyes, el premio más importante que El Colegio de México ofrece. En ese momento, y como era también el aniversario de *Las batallas en el desierto*, él aprovechó para hablarnos de ese libro.

También es importante hacer notar que El Colegio de México ha tenido un especial interés en estudiar la obra de este autor mexicano. Por esa razón, podemos congratularnos de que el primer gran estudio que se llevó a cabo en México sobre la obra de José Emilio Pacheco se elaboró en El Colegio de México; fue Ivette Jiménez de Báez, con un equipo de trabajo formado por Edith Negrín y Diana Morán, quienes redactaron este libro que se llama *Ficción e historia. La narrativa de José Emilio Pacheco*.

Él siempre reconoció este primer gran estudio sobre su obra y siempre nos dijo que se había considerado un objeto textual. El Colegio ha continuado con estos ciclos de trabajo en torno a la obra de José Emilio Pacheco y estamos muy prontos a presentar un nuevo libro, también editado por

Ivette Jiménez de Báez, que surgió de un homenaje que le rendimos a José Emilio; este libro tendrá por título *Reescritura en movimiento*, dedicado a su obra. Sé, asimismo, que otros libros en torno a la obra de José Emilio están en camino, de manera que nuestro interés continuará siempre presente.

Para cerrar estas palabras, sería bueno recordar un poema más de José Emilio que me parece que nos prepara para esta despedida que estamos dándole, recordándolo y leyéndolo constantemente; es la pregunta que él nos hace o la frase que él nos regala: “No me preguntes cómo pasa el tiempo”, un poema que tiene que ver con eso, con el paso del tiempo, que fue uno de sus temas favoritos, uno de sus temas singulares, ver cómo el mundo se desmorona, ver cómo la realidad comienza a deshacerse y, sin embargo, siempre queda un rayo de esperanza, un elemento de ilusión:

Al lugar que fue nuestro, llega el invierno
y cruzan por el aire las bandadas que emigran.
Después renacerá la primavera,
revivirán las flores que sembraste,
pero, en cambio, nosotros
ya nunca más veremos la casa entre la niebla.

Y es cierto: nosotros, con esta despedida a José Emilio, no veremos más su amable figura en nuestros coloquios, en nuestros encuentros, pero tenemos en nuestras manos, a nuestro alcance, una obra fundamental, una obra que debemos seguir leyendo, estudiando y comprendiendo. ❧

*Historia y antología de los heterodoxos mexicanos**

A usted, M. A.

Todo autor tiene derecho a esperar elogios: el antólogo, desde que emprende su tarea, sabe que sólo cosechará censuras. Las antologías se hacen por soberbia, debilidad de carácter, pereza, miedo de continuar trabajos propios o verdadera urgencia económica. Sin embargo, hay una sexta opción: intentar una antología con fines parecidos a los que guiaron a don Marcelino Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*: recopilar poemas curiosos y dados al olvido, recordar incidentalmente nombres que se perdieron por nuestra incuria y negligencia.

Así pues, entre los autores que ninguna antología, ninguna historia, incluye ni incluirá, he seleccionado cinco que, a mi parecer, se encuentran en una misma línea, distinta a la línea visible de la poesía mexicana. Ninguno de ellos es un gran poeta, acaso ni siquiera un buen poeta; pero los llamo *heterodoxos* porque de algún modo escribieron en las catacumbas, contra las fugaces normas, escuelas, atmósferas, gustos de su época; porque, de haberse impuesto en su momento alguna de estas tentativas, quizá nuestra lírica hoy sería diferente. No alcanzaron en vida los malestares de la notoriedad y sus obras son, cómo negarlo, “distintas formas de fracaso”.

*Se publicó en la revista *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias humanas*, vol. 2, núm. 6 (12), octubre-noviembre de 1966, pp. 9-14.



José Emilio Pacheco en El Colegio de México en junio de 2009. (Foto: Archivo Histórico del Colmex).

José Emilio Pacheco

Historia y antología de los heterodoxos mexicanos

A uned, M. A.

TODO AUTOR tiene derecho a esperar elogios: el antólogo desde que emprende su tarea sabe que sólo conseguirá desconfianza. Las antologías se hacen por adoberos, debilitados de carácter, pereza, miedo de continuar trabajos propios o verdaderos argumentos económicos. Sin embargo, hay una sexta opción: intentar una antología con fines parecidos a los que guiaron a Don Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*: recopilar poemas cariosos y dados al olvido, recordar incidentalmente nombres que se perdieron por nuestra inercia y negligencia.

Así pues, entre los autores que ninguna antología, ninguna historia incluyen ni incluirán, he seleccionado a cinco que, a mi parecer, se encuentran en una misma línea, distinta a la línea visible de la poesía mexicana. Ninguno de ellos es un gran poeta, acaso ni siquiera un buen poeta; pero los llamo heterodoxos porque las fogosas y bonitas escrituras en las catacumbas, contra las fogosas normas, escueltas, atmosféricas, gustos de su época que de haberse impuesto en su momento alguna de estas tentativas quizá nuestra lírica hoy sería diferente. No alcancamos en vida los misterios de la notoriedad y sus cambios en vida los misterios de la fama.

No obstante, advierto una vaga moralidad en sus obras, como, cómo negarlo, "distintas formas de fracaso". No obstante, advierto una vaga moralidad en sus obras de publicitar; cuando las letras mexicanas entraron en una irrefrenable etapa publicitaria, estos cinco poetas nos recuerdan la sencilla verdad de un poema de Pasternak: "Hay que desconfiar de la fama. / La fama no nos hace más grandes... / El fin del arte es entregarlo todo / y no el ruido ni el éxito. / Es vergonzoso estar en boca de los demás... / Debemos sumirnos en el anonimato / y ocultar en él nuestros pasos... / Porque tú mismo no debes distinguir / La derrota de la victoria."

PEDRO NÚÑEZ (1870-1905)

Nació y murió en el puerto de Veracruz. Escéptico de Díaz Mirón, publicó un panfleto contra *Lascas: del decadentismo en las letras*, Córdoba, 1902. Como tantos modernistas hispanoamericanos Núñez murió sin conocer París, aunque las lecturas francesas determinaron su irrefrenable etapa publicitaria, estos cinco poetas nos recuerdan la sencilla verdad de un poema de Pasternak: "Hay que desconfiar de la fama. / La fama no nos hace más grandes... / El fin del arte es entregarlo todo / y no el ruido ni el éxito. / Es vergonzoso estar en boca de los demás... / Debemos sumirnos en el anonimato / y ocultar en él nuestros pasos... / Porque tú mismo no debes distinguir / La derrota de la victoria."

gular obra poética —editada treinta años después de su muerte: *Los cálices vacíos*, Xalapa, Oficina Impresora del Gobierno del Estado. En su primera época Núñez siguió fielmente al joven Nervo. Enseguida se aproximó a la aventura formal —y al erotismo pre-nabokoviano— de Díaz Mirón, para terminar con extraños sonetos que, a través de Baudelaire y quizá de Lugones y los dibujos de Ruelas en la *Revista Moderna*, en cierto modo prefiguraron a López Velarde.

RONDÓ

Ya no regreses nunca, ya te he perdido, y a la vida le imploro sólo el no verte, hasta que el tiempo acabe, venga la muerte; nuestro amor sea en los aires polvo y olvido.

Si la mirada vuelves, verás qué herido mi corazón dejaste; su sangre vierte sobre un país de ruinas, gris mundo inerte donde todo proclama que te he querido.

Con funerales cirios tu nombre unguido, pienso que tanto daño se te revierte; de tu cruenta memoria manumitido soy el más fuerte, y a la vida le imploro sólo el no verte, ya no regreses nunca, ya te he perdido.

CORRESPONDENCIAS

Al caer de la noche vino un cocuyo que se posó en mi mano, resplandeciente; y un minuto más tarde, nítidamente, se deshizo en la marca de un beso tuyo. Así junto a tu carne de adolescente se consume y deshace, mujer, mi orgullo.

A CELLE QUI PASSE

Tienes bajo tu gloria de soberana un encono de muerte que me entristece

9

This content downloaded from 209.22.253.1 on Fri, 22 Nov 2024 22:01:58 UTC
All use subject to <https://about.jstor.org/terms>

No obstante, advierto una vaga moralidad en el riesgo de publicarlos: cuando las letras mexicanas entran en una irrefrenable etapa publicitaria, estos cinco poetas nos recuerdan la sencilla verdad de un poema de Pasternak: "Hay que desconfiar de la fama. / La fama no nos hace más grandes... / El fin del arte es entregarlo todo / y no el ruido ni el éxito. / Es vergonzoso estar en boca de los demás... / Debemos sumirnos en el anonimato / y ocultar en él nuestros pasos... / Porque tú mismo no debes distinguir / La derrota de la victoria."

Pedro Núñez (1870-1905)

Nació y murió en el puerto de Veracruz. Envidioso de Díaz Mirón, publicó un panfleto contra *Lascas: del decadentismo en las letras*, Córdoba, 1902. Como tantos modernistas hispanoamericanos, Núñez murió sin conocer París, aunque las lecturas francesas determinaron su irregular obra poética —editada treinta años después de su muerte: *Los cálices vacíos*, Xalapa, Oficina Im-

presora del Gobierno del Estado—. En su primera época, Núñez siguió fielmente al joven Nervo. Enseguida se aproximó a la aventura formal —y al erotismo pre-nabokoviano— de Díaz Mirón, para terminar con extraños sonetos que, a través de Baudelaire y quizá de Lugones, y los dibujos de Ruelas en la *Revista Moderna*, en cierto modo prefiguraron a López Velarde.

Rondó

Ya no regreses nunca, ya te he perdido, y a la vida le imploro sólo el no verte, hasta que el tiempo acabe, venga la muerte; nuestro amor sea en los aires polvo y olvido. Si la mirada vuelves, verás qué herido mi corazón dejaste; su sangre vierte sobre un país de ruinas, gris mundo inerte donde todo proclama que te he querido.

Con funerales cirios tu nombre unguido, pienso que tanto daño se te revierte; de tu cruenta memoria manumitido sabrás que en el naufragio soy el más fuerte, y a la vida le imploro sólo el no verte, ya no regreses nunca, ya te he perdido.

Correspondencias

Al caer de la noche vino un cocuyo que se posó en mi mano, resplandeciente; y un minuto más tarde, nítidamente, se deshizo en la marca de un beso tuyo. Así junto a tu carne de adolescente se consume y deshace, mujer, mi orgullo.

A celle qui passe

Tienes bajo tu gloria de soberana un encono de muerte que me entristece y eres en mi Tebaida la flor malsana que en convulsión de cisne desaparece.

Tienes en tus miradas sabiduría y un no sé qué de orgullosos y de crueldades. Tú que has santificado mi vil orgía

también desmesuraste mis soledades.
Tienes en tus desvelos una amargura
que es inocencia mártir y purifica.
Al mirarte los ojos se petrifica
una corriente de odio que me tortura.
Bajo tu carne de ámbar hay un secreto:
la funeral lujuria de tu esqueleto.

Julián Hernández (1893-1956)

Nació en Saltillo. Fue cónsul en Londres. Abogado, ejerció en México hasta el año de su muerte. No se le recuerda como poeta, sí como buen traductor de la poesía inglesa. Colaboró durante muchos años en *El Universal*. Publicó varios libros y folletos profesionales (*El Estado y el Derecho: apreciación sobre las teorías de Hans Kelsen*, 1930; *Aspectos jurídicos de la reforma agraria*, 1938; *Crisis de la justicia mexicana*, 1947...) y dos colecciones de poemas: *Por los jardines que el silencio baña* (Monterrey, 1917; obviamente, influido por González Martínez) y *Legítima defensa* (Impresora Juan Pablos, 1952), composiciones muy breves, a menudo epigramáticas, que no se parecen a nada de lo escrito entre nosotros por aquella época. Las acres páginas de Hernández intentan expresar poéticamente la visión de un *outcast*, el sarcasmo y la amargura de un perpetuo excluido que contempla la vida literaria —y la vida, *toutcourt*— con quebrantada ironía. Aunque sus alusiones ya no se entienden, es comprensible el silencio que ha prevalecido contra *Legítima defensa*, texto que habrá que tomar en cuenta si alguna vez se estudia el prosaísmo dentro de la moderna poesía mexicana.

Legítima defensa

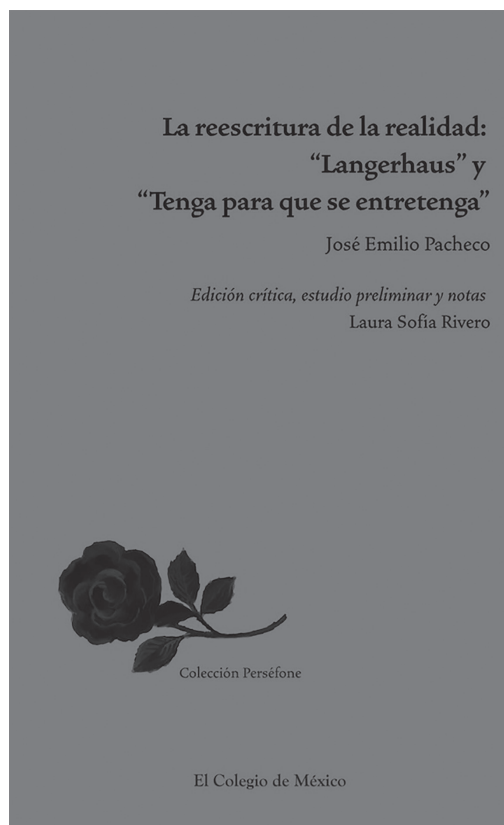
I
Murió el Sainte-Beuve de nuestra aldea.
Los herederos remataron los libros del Gran Crítico.
Fui por curiosidad a la subasta.
Encontré mis libros dedicados e intonsos...
Su vejamen de mi poesía se ha vuelto clásico.
Por su opinión me han excluido eternamente
de panoramas, antologías, compendios, revisiones.

Abro la puerta, adiós, y me despido:
¡Descansa en paz, *Lector Infatigable!*

II
Vivieron a la moda
Fueron toda su vida de vanguardia
Atacaron lo viejo
Y recordé sus nombres
al leer esta tarde en el periódico
que la Academia celebró en pasados días
a sus Miembros de Número difuntos.

III
No podría decir mi antagonista,
o mi rival o mi enemigo:
sólo un contemporáneo.
Nos saludamos levemente.
Cada uno en el otro ve a distancia
cómo y con qué vértigo envejece
nuestra generación;
cómo el estilo
que creímos eterno
ya es historia,
pasado impopular, freno y obstáculo
ante los jóvenes que —si reparan en nosotros—
nos dedican
una risita
o un sarcasmo.

IV
Mis contemporáneos me asquean
buscando siempre la alabanza
como los perros un mendrugo sucio
o un hueso ya deshabitado.
Mis contemporáneos me dan lástima
diciendo mal uno del otro.
(Pensar que sólo puede la polilla
abolir de un tirón cuanto está escrito).
Qué risa ver a mis contemporáneos
perpetuos niños sobre la piñata
tratando de llegar antes que nadie
siempre apaleados como los caballos.
Qué triste ver a mis contemporáneos
embestir burriciegos el engaño
y aguantar la estocada y la puntilla
a ver si les aplauden el arrastre.



Nuevos estudios en el Colmex sobre la obra de José Emilio Pacheco.

V

Dijo Samuel (quizá sin darse cuenta de que estaba citando):

“Escribo para ser admirado en el año 2000 y mis palabras quedarán para siempre en la memoria de las generaciones”.

Sed de inmortalidad.

Miré hacia afuera:
en el jardín luchaba alguna mosca
por sacar de la flor néctares, polen.
Vana tarea
intentar convertirse en abeja,
a estas alturas.

VI

¿Pensaste alguna vez en tu enemigo,
en el que no conoces,
el que odia

cuanto escribe tu mano?
¿Pensaste en ese “joven de provincias”
que daría su vida por tu muerte?

VII (*A los poetas que vendrán*)

Hay que ser implacables.
(No tengan pues clemencia
con mis errores).
Nuestra debilidad les dará fuerza
y acertarán en donde fracasamos.
Pero una vez borrados (si nos recuerdan)
ojalá piensen
en que la plenitud
no es atributo de los hombres.

VIII (*Arte poética*)

Escribe lo que quieras.
Di lo que se antoje:
de todas formas
vas a ser condenado.

IX (*Monólogo del poeta 1*)

Quisiera ser un pésimo poeta
para sentirme satisfecho
con lo que escribo
y vivir lejos
de tu dedito admonitorio,
autocrítica.

X (*Monólogo del poeta 2*)

¿A quién pretendes halagar con tan vistas
piruetitas verbales
o suspirillos dolorosos, retruécanos,
ironías invisibles?
¿Pretendes que alguien te palmeo
por lo bien que resuenan
tus cascabeles, triste
parafernalia de un festín que contemplas
sin estar invitado?
Es mejor que te ocultes en huraños rincones.
Los seres como tú no reciben halagos,
lomos de latigazo o de pedrada.
Y ya nadie sonríe
de tus jueguitos malabares:
Filis, la gran madrota, pastorea
un rebaño de putas por las aldeas de Flandes.

Amarilis con sífilis, borracha
 y juguete de todos los soldados.
 La dulce Cloris gime emputecida
 de placer en la cama de un sacristán leproso.
 Y a estas ninfas
 ¿quisieras perpetuarlas?
 Será mejor, bufón, que ganes los rincones
 y allí guardes un púdico silencio.

Juan Pérez Pineda (1911-1965)

Nació en San Juan del Río y murió en Querétaro. Fue profesor de Lógica, Geografía e Historia de México. Jamás dio a conocer ningún poema. Amigos y discípulos publicaron una selección de sus innumerables manuscritos: *Poesía y prosa reunidas 1928-1965*. Elijo de las últimas páginas unas escritas en inglés (hecho poco común entre los mexicanos) y otras que, al parecer, comenzarían una serie que no llegó a escribir Pérez Pineda. Su título es ya una provocación y un homenaje al calumniado Juan de Dios Peza. Como él, Pérez Pineda tuvo una facilidad de versificación que dañó seriamente su impulso lírico. Los versos ingleses muestran cierto interés, aunque claramente se advierte por la dificultad sintáctica y la pobreza expresiva que no era ésta la lengua del autor.

Summing up

I
 Neither Pompey nor Rome—
 Derelicts of a proud beauty
 On the hills
 and the blind swamps.
 Set this landscape on fire
 beneath the mask of despair.

II
 Words are the worst
 Of this losses my love.

III
 On the wind
 The wild lark



Burns
 In utterance of sorrows.

IV (*A thoughtful officer in Saigon's bar*)
 Your father was shot in Nicaragua
 in nineteen thirty two
 (Now You must own everything)
 Y our son was a flunk
 —Flew into a rage—
 In the sad battle of Quang Nai
 And You make a mess of Vietnam.

Cantos del hogar

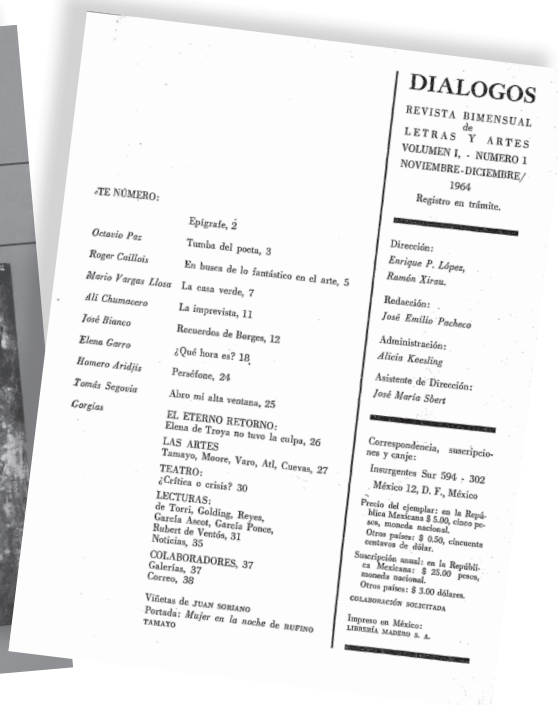
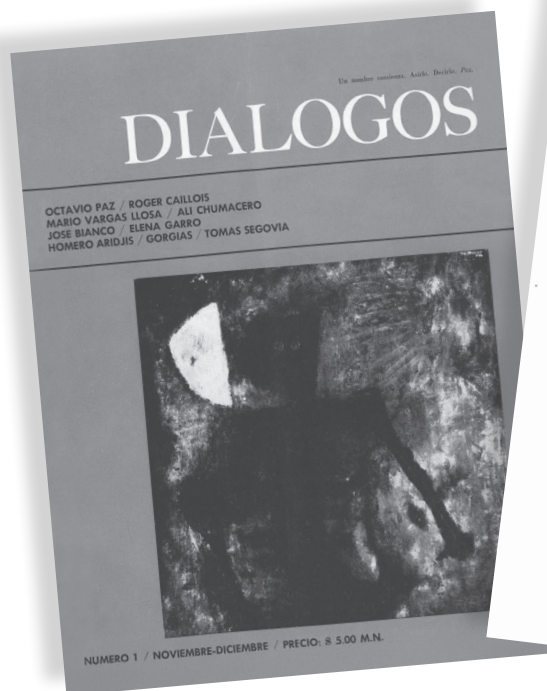
Comunidad de ritos primitivos,
 los ratones adoran las tinieblas.
 De noche se les ve,
 feroces destruyendo.
 Incisivos, hambrientos, ya habituados
 a la persecución, al ocultarse

siempre al acecho de quien los acecha.
 Su rumor los delata: temerosos
 rasgan, roen, lastiman, desmenuzan
 todo aquello que el hombre
 atesora, acumula
 (y no le es para nada indispensable).
 Los denuncian las huellas de su hazaña,
 y hasta su mierda a veces.
 Las mujeres se aterran cuando piensan
 en un ratón procaz, vertiginoso,
 ávido de instalarse con lujuria
 en esa cavernita grata a Freud,
 y así a todos nosotros.
 De antiguo se inventaron cepos, horcas,
 jaulas, trampas incruentas, guillotinas,
 precisos materiales de tortura
 o de muerte violenta e instantánea
 (automatización que sustituye
 con ventaja y prestigio literario
 el gato familiar en los hogares pobres
 o tradicionalistas simplemente).

Cartaginés, mongol o vietnamita
 o francotirador o guerrillero,

todo ratón, la víctima de siempre,
 ha de ser destruido, "ajusticiado".
 Se le calumnia o teme, se le cerca.
 En vez de alimentarlo y convertirlo
 en diversión doméstica, se aísla
 y persigue al rebelde, al insumiso
 que no aceptó jamás el servilismo,
 la ternura fingida, la cautela,
 la sumisión abyecta de los perros.
 Y se lanzan campañas de exterminio.
 (El gas de Buchenwald —uso pacífico—
 es empleado a menudo en ciertas partes
 para desratizar casas, ciudades).
 Se le endilgan rumores terroristas:
 propagador de pestes y otros males
 hípicamente apocalípticos.

Lo urgente es acabar con el rebelde,
 merodeador audaz, inaprehensible,
 con su eterna insurgencia.
 Y hay máquinas de guerra en el mercado
 muy efectivas:
 juegan con el hambre
 y la sed de aventura,



el riesgo, el reto.
 Su precisión mecánica consigue
 que la víctima caiga sin salida
 al tocar el resorte que detiene
 cualquier cebo aromático, y la preñe
 —intolerable, dolorosamente—
 la eficaz guillotina.
 Entre el azoro,
 el dolor profundísimo, la rabia
 de haber caído a ciegas y el esfuerzo
 por salir de la trampa, por librarse
 del peso, del dolor, de lo que humilla,
 el ratón habrá muerto en dos minutos.
 Pero es inútil: se ha multiplicado,
 la cloaca y el subsuelo garantizan
 su gris continuidad.
 Llegará un día
 en que tomen venganza.

Fernando Tejada (1932-1959)

Nació en Tulancingo y murió en un accidente aéreo en Italia. Cursó en París la especialidad de circulación cerebral. Estos poemas aparecieron en el único número de la revista *Acento*, julio-agosto de 1958; y afines a una tradición de la antitradición pictórica, parodian, distorsionan un tema clásico para insertarlo en el contexto de nuestra época; oponen —no siempre con acierto— una de las posibles realidades actuales de la pasión al concepto aún trovadoresco del amor que se halla en la extraordinaria poesía de Ronsard. Asombrosamente, Fernando Tejada es un continuador directo de Julián Hernández a quien, puede asegurarse, nunca leyó.

Los amores (estudio y profanación de Pierre Ronsard)

I
 Cuando los dos estemos muertos
 nada habrá de estas rosas
 ni de estos versos.
 Mientras dure el amor
 ámame, entonces.



II
 ¿Qué harás todos los días
 desde que no te veo?

III
 Antes de que seas vieja ya me habrás olvidado
 y si por confusión sueltas mi nombre
 a tu lado una joven
 dirá: “¿Quién era ése?”

IV
 El tronco de aquel árbol en que un día grabé, amor,
 nuestros nombres enlazados
 ya no perturba el tránsito en la calle:
 lo han convertido en leña o en durmientes.

V
 Para que en la montaña tu recuerdo quedase,
 un manantial (¿te acuerdas?) consagré a tu memoria.
 Y dije: “Todo aquel que probase estas aguas
 quedará enamorado”.
 (Hoy en el manantial medran los sapos
 y sólo prueban su agua los mosquitos).

VI
 Si supieras, amor, lo que es ir caminando
 por la avenida Juárez a las doce del día,
 y creer ver tu rostro en las mujeres

que pasan a mi lado, tan lejanas
como tú de mis ojos y mi vida.

VII

Al dejarme, creíste ganar algo, muchacha.
Y ahora, pasado el tiempo, hablas de mí con otro.
Dices que sólo valgo cuando empañó
la blancura solemne de una página
y crees que en la poesía va a perdurar mi nombre.
Te agradezco esa última, esa inútil
manera de quererme;
mas no aciertas
(lo digo sin dolor y sin desprecio a nada):
mis versos vivirán menos que tu belleza.

Daniel López Laguna (1890-1939)

Nació en Manzanillo, Colima. Antes de recibir las órdenes abandonó el seminario de Jacona. Durante casi treinta años arrastró una existencia miserable en París, como redactor de cartas comerciales de una empresa argentina. Aficionado al alcohol y probablemente a las drogas, sus contemporáneos lo recuerdan como un ser huraño, aunque por momentos amable. Fue amigo en una época de César Vallejo, quien le dedicó al menos *Trilce* y *Escalas melografiadas*, ejemplares hallados a su muerte entre las pertenencias de Daniel López Laguna. Volvió a México en 1936 y pudo sobrevivir gracias a los artículos que escribió o tradujo para *El Nacional*, donde hizo amistad con Fernando Benítez.

El invierno de 1939 López Laguna murió de frío o congestión alcohólica apoyado en un muro callejero. Poco antes había entregado sus manuscritos a Benítez, quien los publicó al año siguiente con el título de *Travesías*.

En casi toda su reducidísima obra poética, López Laguna es un triste epígono del Modernismo, muy influido por Barba Jacob. Pero hay al término de *Travesías* dos “Boleros” de rara intensidad que —pese a sus grandes caídas y fallas de gusto— serían excepcionales si no hubiera escrito Vallejo, de quien son evidente, aunque no voluntario, pastiche.

Boleros

I

El redolor prolongo. Traspasome
hasta la mustia médula descalza
de visible iracundia.
Por lo demás, febriles, indagando,
digitales maniobras lancinantes
en tu espalda lacónica.
El exergo aleatorio suscítame
y confronto tu fábula, tu unánime
intuición albicante. Acogótanme
tus entrañas hurañas.
Pero cuán pronto, amiga, es de mañana:
las taciturnas siete
o el mediodía artífice
o mi animalidad tan anatómica
que arista
el formidable adiós. Mal convalezco
de incertidumbres;
la mortaja ahora
corre a cuenta del sol.
Pero hubo un dulce,
un respirable oxígeno en tu alcoba.
Detona, pues, por eso mi presencia
y me despido, pues,
retrocediendo,
titiritesco y cursi
sin volverte
la espalda.
No es para tanto, de verdad.
Quisiera
ya no verte,
perderte
o ni siquiera.

II

Tu parco amor atáñeme y esquivo
aunque ya no esté bien ni aconsejable
despilfarrar el poco de ternura
que soporto en la espalda
y que invisible
aunque materialmente
me joroba;
me aquasimoda, pues,
me arrigoleta



José Emilio Pacheco recibe la réplica de la escultura *Semina motum*, la semilla que inicia el movimiento, del artista Luis Palacios, en ocasión del homenaje que El Colegio de México le ofreció con motivo de haber ganado el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 2009. (Foto: Archivo Histórico del Colmex).

y agonizo en ridículo en aqueste
 alfombrado sopor donde pasamos
 algunas noches juntos —garantía
 de que voy a extrañarte,
 tú me entiendes—.
 Sin novedad que altere lo pactado,
 me dispongo al cadalso.
 Ni siquiera un trapecio o mucho menos
 un biombo abovedado ecosonando
 tu discreta inicial.
 Se acabó el borrador.
 Fallido todo
 hasta mi gran proyecto de vivir.
 Míralo ahora, se quedó en pañales
 y se ha llenado, expósito, de moho.
 Le asesto un dos al piojo, un cuatrocientos
 a las hormigas tan amables.
 Pobres.
 Incoloras y tristes.
 Mis hermanas,
 seré un buen hormiguero.

Recovequen o almohaden mi orfandad.
 Y tú vienes muriéndote de risa,
 como el tiro de gracia, a ver la soga
 que no estorba en el cuello: es un consuelo
 el estertor arácnido;
 y el aire
 dando vueltas y vueltas
 de repente
 me sacará la lengua.
 Y basta ya, mejor déjenme solo
 con mi obrita maestra: el desengaño.
 Monedita de avaro, el desengaño.
 Y es como tú, narcótica mortaja,
 tibio alfiler
 dale que dale
 y llora
 la muerte ocupadísima que ahora
 me sale a conocer
 y yo
 A sus pies señora. ❧

Por los territorios de La Mancha*

1947 es una fecha tan lejana como 1547. Ambas se han hundido en la sombra eterna y son irrecuperables. Tal vez la memoria inventa lo que evoca y la imaginación ilumina la densa cotidianeidad. Sin embargo, del mismo modo que para nosotros serán siempre gigantes los molinos de viento que acababan de instalarse en 1585 y eran la modernidad anterior a la invención de esta palabra, en algún plano es real otra experiencia: la de un niño que una mañana de Ciudad de México va con toda su escuela al Palacio de Bellas Artes y asiste asombrado a una representación del Quijote convertido en espectáculo.

Salvador Novo adapta y dirige la obra con música de un mexicano, Carlos Chávez, y un español, Jesús Bal y Gal. Novo pertenece al Grupo de Contemporáneos, equivalente exacto del Grupo de 1927 en España. Mucho tiempo después sabré que Novo había conseguido que en julio de 1936 su amigo Federico García Lorca estuviera precisamente en ese Palacio de Bellas Artes para presenciar el estreno mexicano de *Bodas de sangre* interpretada por Margarita Xirgu.

A telón cerrado aparece el historiador árabe Cide Hamete Benengeli a quien Cervantes atribuye la novela. Cide Hamete Benengeli ha decidido abreviar la historia para que los niños de México

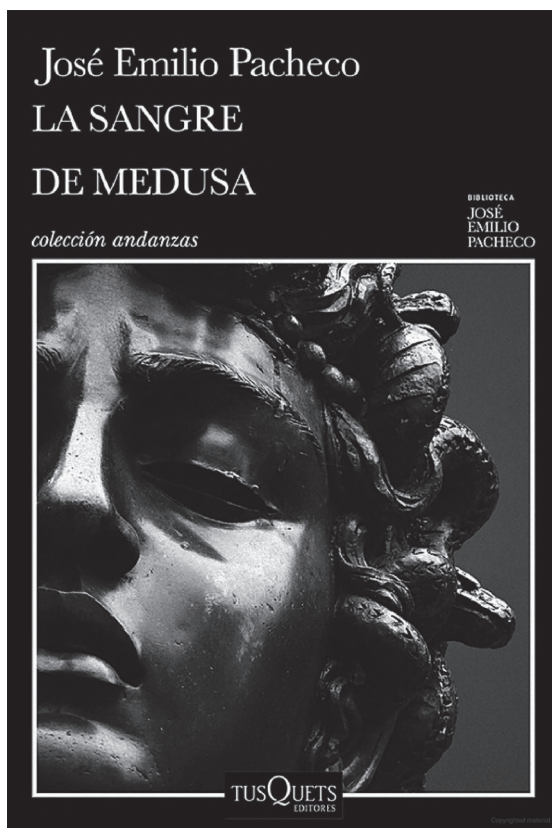
* Discurso leído el 23 de abril de 2010 por José Emilio Pacheco en el momento de recibir el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes 2009.



José Emilio Pacheco junto a la reina Sofía durante la ceremonia en la que recibió el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes 2009. (Foto: Secretaría de Cultura del gobierno mexicano).

puedan conocerla. La cortina se abre. De la oscuridad surge la venta que es un castillo para Don Quijote. Quiere ser armado caballero a fin de que pueda ofrecer sus hazañas a la sin par Dulcinea del Toboso, la mujer más bella del mundo.

Dos horas después termina la obra. Desciende de los aires Clavileño que en esta representación es un pegaso. Don Quijote y Sancho montan en él y se elevan aunque no desaparecen. El Caballero de la Triste Figura se despidе: “No he muerto



ni moriré nunca... Mi brazo fuerte está y estará siempre dispuesto a defender a los débiles y a socorrer a los necesitados”.

En aquella mañana tan remota descubro que hay otra realidad llamada ficción. Me es revelado también que mi habla de todos los días, la lengua en que nací y constituye mi única riqueza, puede ser para quien sepa emplearla algo semejante a la música del espectáculo, los colores de la ropa y de las casas que iluminan el escenario. La historia del Quijote tiene el don de volar como aquel Clavileño. He entrado sin saberlo en lo que Carlos Fuentes define como el territorio de La Mancha. Ya nunca voy a abandonarlo.

Leo más tarde versiones infantiles del gran libro y encuentro que los demás leen otra historia. Para mí el Quijote no es cosa de risa. Me parece muy triste cuanto le sucede. Nadie puede sacarme de esta visión doliente. En la mínima historia inconclusa de mi trato con la novela admirable hay a lo largo de tantos años muchos episodios que no describiré. Adolescente, me frustra no poder seguir



Foto: Secretaría de Cultura del gobierno mexicano.

de corrido la fascinación del relato: se opone lo que George Steiner designó como el aparato ortopédico de las notas. Me duele que las obras eternas no lo sean tanto porque el idioma cambia todos los días y con él se alteran los sentidos de las palabras.

También me asombra que necesiten nota al pie términos familiares en el español de México, al menos en el México de aquellos años remotos: “de bulto”, como las estatuillas de los santos que teníamos en casa; “el Malo”, el demonio; “pelillos a la mar”, olvido de las ofensas; “curioso”, inteligente. Y tantas otras: “escarmenar”, “bastimento”, “cada y cuando”.

Ignoro si podría demostrarse que el primer ejemplar del *Quijote* llegó a México en el equipaje de Mateo Alemán y en el mismo 1605 de su publicación. El autor del *Guzmán de Alfarache* había



nacido en 1547 como Cervantes y estuvo en aquella Nueva España que don Miguel nunca alcanzó.

Tal vez el gran cervantista mexicano de hace un siglo, Francisco A. de Icaza, hubiera rechazado como una más de las *Supercherías y errores cervantinos* esta atribución que me seduce. Por lo pronto me permite evocar en este recinto sagrado a Icaza, el mexicano de España y el español de México, a quien no se recuerda en ninguna de sus dos patrias. En todo caso sobrevive en el poema que le dedicó su amigo Antonio Machado: “No es profesor de energía/ Francisco A. de Icaza, sino de melancolía”. Y en la inscripción que leen todos los visitantes de la Alhambra. Otra leyenda atribuye su inspiración al mismo mendigo de quien habló también Ángel

Ganivet: “Dale limosna, mujer/ pues no hay en la vida nada/ como la pena de ser/ ciego en Granada”.

Como todo, internet es al mismo tiempo la cámara de los horrores y el Retablo de las Maravillas. No me dejará mentir la Red si les digo que el 30 de noviembre de 2009, en una rueda de prensa en la Feria de Guadalajara me preguntaron, con motivo del Premio Reina Sofía, si con él yo estaba en camino del Premio Cervantes. “Para nada”, contesté. “Lo veo muy lejano. Nunca lo voy a ganar”.

Al amanecer del lunes 30, la voz de la señora ministra de Cultura, doña Ángeles González Sinde, me dio la noticia y me hundió en una irrealidad quijotesca de la que aún no despierto. Por aturdimiento, no por ingratitud, apenas en este día doy

gracias al jurado por su generosidad al privilegiarme cuando apenas soy uno más entre los escritores de este idioma y hay tantas y tantos dignos con mucha mayor justificación que yo de estar ahora ante ustedes.

Para volver al plano de la realidad irreal o de la irrealidad real en la que los personajes del *Quijote* pueden ser al mismo tiempo lectores del *Quijote*, me gustaría que el Premio Cervantes hubiera sido para Cervantes. Cómo hubiera aliviado sus últimos años el recibirlo. Se sabe que el inmenso éxito de su libro en poco o nada remedió su penuria.

Cuánto nos duele verlo o ver a su rival Lope de Vega humillándose ante los duques, condes y marqueses. La situación sólo ha cambiado de nombres. Casi todos los escritores somos, a querer o no, miembros de una orden mendicante. No es culpa de nuestra vileza esencial, sino de un acontecimiento ya bimilenario que tiende a agudizarse en la era electrónica.

En la Roma de Augusto quedó establecido el mercado del libro. A cada uno de sus integrantes —proveedores de tablillas de cera, papiros, pergaminos; copistas, editores, libreros— le fue asignado un pago o un medio de obtener ganancias. El único excluido fue el autor sin el cual nada de los demás existiría. Cervantes resultó la víctima ejemplar de este orden injusto. No hay en la literatura española una vida más llena de humillaciones y fracasos. Se dirá que gracias a esto hizo su obra maestra.

El *Quijote* es muchas cosas, pero es también la venganza contra todo lo que Cervantes sufrió hasta el último día de su existencia. Si recurrimos a las



José Emilio Pacheco y su familia en la recepción del Premio Cervantes. A su derecha: su hija Laura Emilia y su esposa Cristina; a su izquierda, su hija Cecilia. (Foto: Secretaría de Cultura del gobierno mexicano).

comparaciones con la historia que vivió y padeció Cervantes, diremos que primero tuvo su derrota de la Armada Invencible y después, extracronológicamente, su gran victoria de Lepanto: El *Quijote* es la más alta ocasión que han visto los siglos de la lengua española.

Nada de lo que ocurre en este cruel 2010 —de los terremotos a la nube de ceniza, de la miseria creciente a la inusitada violencia que devasta a países como México— era previsible al comenzar el año. Todo cambia día a día, todo se corrompe, todo se destruye. Sin embargo, en medio de la catástrofe, al centro del horror que nos cerca por todas partes, siguen en pie, y hoy como nunca son capaces de darnos respuestas, el misterio y la gloria del *Quijote*. ❧

Todos los Inventarios de José Emilio Pacheco en la Biblioteca “Daniel Cosío Villegas” del Colmex

El escritor mexicano José Emilio Pacheco murió inesperadamente el 26 de enero de 2014, dos días después de una lamentable caída que le provocó tropezarse “con una hilera de libros” en su estudio. Como dio cuenta la revista *Proceso* —su última casa periodística—, minutos antes del accidente Pacheco había enviado a la mesa de redacción la que se convertiría en su última entrega de *Inventario*, una columna periodística que había nacido 40 años antes, el 5 de agosto de 1973, en “Diorama de la cultura” del diario *Excélsior*, que dirigía entonces Julio Scherer García.

En “Diorama de la cultura”, primero sección cultural diaria y después suplemento dominical, durante casi tres años José Emilio Pacheco publicó semanalmente *Inventario*, salvo un periodo en el que en su lugar —la última página del suplemento— apareció la columna *Baulmundo*, que tenía el mismo formato que *Inventario* y fue escrita primero por Gustavo Sainz, después por José de la Colina y, finalmente, por Danubio Torres Fierro.


El último *Inventario* publicado en “Diorama de la cultura” fue el del 4 de julio de 1976, cuatro días antes del golpe que el *Excélsior* de Julio Scherer recibió de manos del gobierno de Luis Echeverría. Así culminó su primera etapa, en la que se publicaron 153 entregas de José Emilio Pacheco.

Tras la salida de Scherer del periódico *Excélsior*, Pacheco renunció a dicho diario y pronto se adhirió al nuevo proyecto periodístico que los expulsados emprendieron. El 6 de noviembre del mismo



año de 1976 apareció el número 1 de la revista semanal *Proceso* y en ese primer número *Inventario* estuvo presente.

A partir de entonces y hasta enero de 2014, *Inventario* se publicó semanalmente, salvo algunos años, como 1994, 2002, 2008 y 2009, en los que, como el propio Pacheco indica, por desempeñar el oficio de escritor —referencia a su actividad como conferencista—, dejó de mandar su columna a la redacción de la revista. A partir de 2010, la columna volvió a aparecer con cierta regularidad, hasta el 26 de enero de 2014, el mismo día de la muerte de José Emilio Pacheco. La etapa de *Inventario* en la revista *Proceso* acumuló 772 entregas que, sumadas a las 153 del “Diorama”, dan un total de 925.

Concluido el camino del *Inventario* con la muerte de su autor, El Colegio de México se dio a la tarea, en el año 2015, de recopilar esas 925 entregas que, recogidas en ocho tomos (5 856 páginas en total), forman parte del acervo de su Biblioteca “Daniel Cosío Villegas” en una edición no venal, con la clasificación CE/809 P116in: un material invaluable para la comunidad del Colmex y para todo aquel que esté interesado en adentrarse en este filón de la obra de Pacheco con fines de investigación, como tema de tesis o por el simple placer de leerla. 

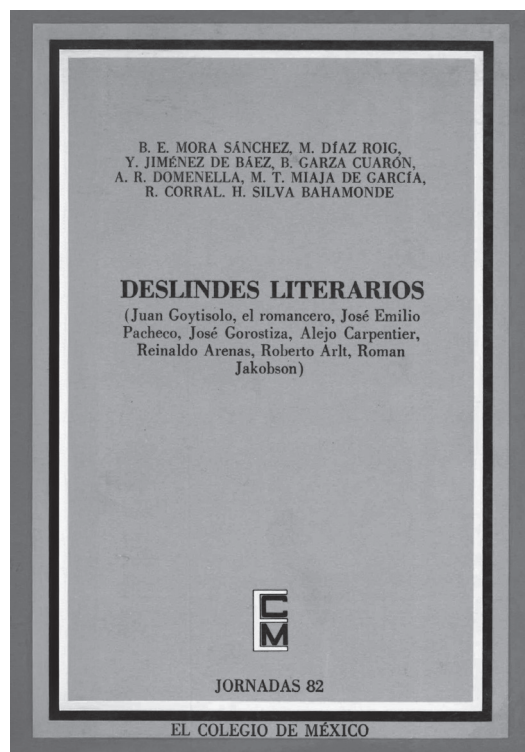


Los Inventarios de José Emilio Pacheco, una enciclopedia**

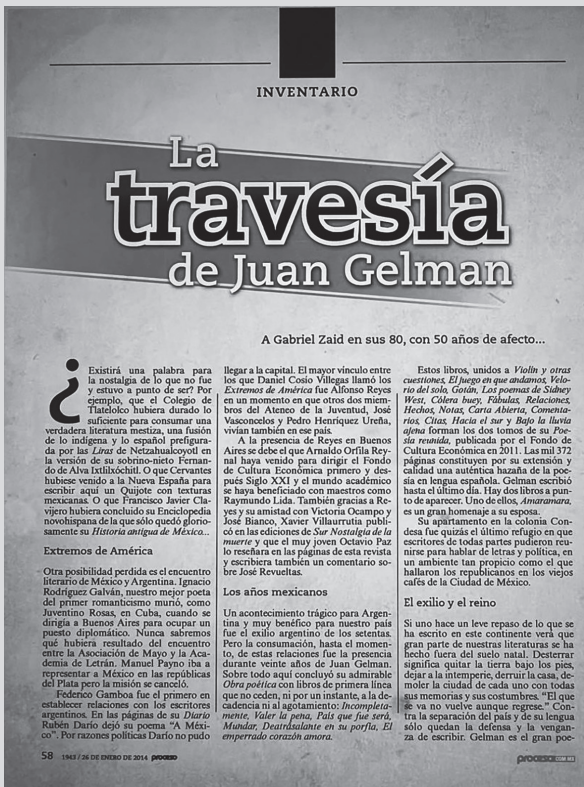
Si acaso se me pidiera definir en una sola palabra qué son los *Inventarios*, respondería sin dudar: una enciclopedia. Y de ningún modo creo ser hiperbólico, sino tan sólo justo. Eso sí, añadiría, tomando un término de Borges, que Pacheco es un escritor “enciclopédico y montonero”, como el propio argentino se definió en 1928, en su libro *El idioma de los argentinos*. Según el diccionario de la Academia de la Lengua, al que a veces le asiste la razón, la palabra *montonera* se refiere a un “Grupo o pelotón de gente de a caballo que intervenía como fuerza irregular en las guerras civiles de algunos países sudamericanos” (s.v.). En el siglo XIX, la expresión adquirió un halo heroico, pues la montonera fue parte de la guerrilla que luchó por la Independencia de la región colonial de Sudamérica respecto de España. Cuando Borges hibrida los dos términos, enciclopédico y montonero, se refiere a alguien que llega a la cultura desde una posición sin privilegios; por ello, lo mismo se aplica el término a sí mismo que al poeta popular Evaristo Carriego, o bien a Richard Francis Burton, uno de los traductores de *Las mil y una noches*. ¿Por qué *montonero*?: porque se trata de alguien que entra a saco en la cultura enciclopédica, pero con el más

* Es profesor-investigador en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México.

** Fragmento final del ensayo “El nacimiento de un género: José Emilio Pacheco en el *Excelsior*”, publicado en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. IX, 2021, núm. 1, pp. 235-259.



loable de los propósitos: asimilarla para transmitirla a los otros. De igual modo, un Pacheco enciclopédico y montonero cumple una extraordinaria función de mediador cultural, rasgo doblemente entrañable para sus lectores. Primero, porque les permite adquirir conocimientos inasequibles para ellos por vía directa. Segundo, porque incluso les posibilita simular cierta erudición, mediante el uso de los datos que él proporciona (la cultura también



INVENTARIO

La travesía de Juan Gelman

A Gabriel Zaid en sus 80, con 50 años de afecto...

I Existirá una palabra para la nostalgia de lo que no fue y estuvo a punto de ser? Por ejemplo, que el Colegio de Tlatelolco hubiera durado lo suficiente para consumar una verdadera literatura mestiza, una fusión de lo indígena y lo español prefigurada por las *Luzes* de Netzahualcóyotl en la versión de su sobrino-nieto Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. O que Cervantes hubiese venido a la Nueva España para escribir aquí un Quijote con texturas mexicanas. O que Francisco Javier Clavijero hubiera concluido su Enciclopedia novohispana de la que sólo quedó gloriosamente su *Historia antigua de México...*

Extremos de América

Otra posibilidad perdida es el encuentro literario de México y Argentina. Ignacio Rodríguez Galván, nuestro mejor poeta del primer romanticismo murió, como Juvenino Rosas, en Cuba, cuando se dirigió a Buenos Aires para ocupar un puesto diplomático. Nunca sabremos qué hubiera resultado del encuentro entre la Asociación de Mayo y la Academia de Letras. Manuel Payno iba a representar a México en las repúblicas del Plata pero la misión se canceló.

Federico Gamboa fue el primero en establecer relaciones con los escritores argentinos. En las páginas de su *Diario Rabón* Dario dejó su poema "A México". Por razones políticas Dario no pudo

llegar a la capital. El mayor vínculo entre los que Daniel Cosío Villegas llamó los *Extremos de América* fue Alfonso Reyes en un momento en que otros dos miembros del Ateneo de la Juventud, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña, vivían también en ese país.

A la presencia de Reyes en Buenos Aires se debe el que Arnaldo Orfila Reynal haya venido para dirigir el Fondo de Cultura Económica primero y después Siglo XXI y el mundo académico se haya beneficiado con maestros como Raymundo Lida. También gracias a Reyes y su amistad con Victoria Ocampo y José Bianco, Xavier Villaurrutia publicó en las ediciones de *Sur* *Nostalgia de la mujer* y que el muy joven Octavio Paz lo rescata en las páginas de esta revista y escriba también un comentario sobre José Revueltas.

Los años mexicanos

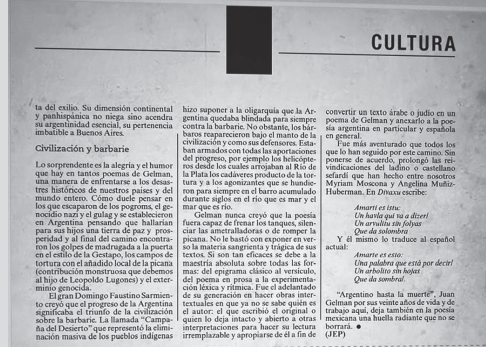
Un acontecimiento trágico para Argentina y muy benéfico para nuestro país fue el exilio argentino de los setentas. Pero la consumación, hasta el momento, de estas relaciones fue la presencia durante veinte años de Juan Gelman. Sobre todo aquí concluyó su admirable *Obra poética* con libros de primera línea que no ceden, ni por un instante, a la decadencia ni al agotamiento: *Incompleta mente*, *Valer la pena*, *País que fue será*, *Mándalo*, *Desdoblamiento en su porfía*, *El empujado corazón amor*.

Estos libros, unidos a *Violín y otras cuestiones*, *El juego en que andamos*, *Volero del sol*, *Góndol*, *Los poemas de Sidney West*, *Cámara buca*, *Fábulas*, *Relaciones*, *Hechos*, *Notas*, *Carta Abierta*, *Comentarios*, *Citas*, *Hacia el sur* y *Bajo la lluvia ajena* forman los dos tomos de su *Poesía reunida*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 2011. Las mil 372 páginas constituyen por su extensión y calidad una auténtica hazaña de la poesía en lengua española. Gelman escribió hasta el último día. Hay dos libros a punto de aparecer. Uno de ellos, *Amarrados*, es un gran homenaje a su esposa.

Su apartamento en la colonia Condesa fue quizás el último refugio en que escritores de todas partes pudieron reunirse para hablar de letras y política, en un ambiente tan propicio como el que hallaron los republicanos en los viejos cafés de la Ciudad de México.

El exilio y el reino

Si uno hace un leve repaso de lo que se ha escrito en este continente verá que gran parte de nuestras literaturas se ha hecho fuera del suelo natal. Desterrar significa quitar la tierra bajo los pies, dejar a la intemperie, destruir la casa, demoler la ciudad de cada uno con todas sus memorias y sus costumbres. "El que se va no vuelve aunque regrese." Contra la separación del país y de su lengua sólo quedan la defensa y la venganza de escribir. Gelman es el gran poe-



CULTURA

ta del exilio. Su dimensión continental y panhispánica no niega sino acentúa su argentinidad esencial, su pertenencia ineludible a Buenos Aires.

Civilización y barbarie

Lo sorprendente en la agria y el humor que hay en tantos poemas de Gelman, una manera de enfrentarse a los desastres históricos de nuestros países y del mundo entero. Como si él pensara en los que escaparon de los pogroms, el medio nazi y el gulag y se establecieron en Argentina. Pensando que hallarían para sus hijos una tierra de paz y prosperidad, al final del camino encontraron los golpes de madrugada a la puerta en el exilio de la Gesta, los campos de tortura con el añadido local de la picana (contribución monstruosa que debemos al hijo de Leopoldo Lugones) y el exterminio genocida.

El gran Domingo Faustino Sarmiento creyó que el progreso de la Argentina significaba el triunfo de la civilización sobre la barbarie. La llamada "Campesinada del Desierto" que representó la eliminación masiva de los pueblos indígenas

hizo soportar a la oligarquía que la Argentina quejosa llamaba para siempre contra la barbarie. No obstante, los hijos fueron repatriados bajo el manto de la civilización y como que defensores. Esta vez armados con todas las aportaciones del progreso, por ejemplo los helicópteros desde los cuales arrojaban al Río de la Plata los cadáveres producidos de la tortura y a los agonizantes que se hundían para siempre en el barro acumulado durante siglos en el río que es mar y el mar que es río.

Gelman nunca creyó que la poesía fuera capaz de frenar los tanques, silenciar las ametralladoras o de romper la picana. No le bastó con exponer en su verso la materia sangrienta y trágica de su tiempo. Si son tan eficaces se debe a la maestría absoluta sobre todas las formas del programa clásico al versículo, del poema en prosa a la experimentación lírica y épica. Fue el adelantado de su generación en hacer obras intertextuales en que ya no se sabe quién es el autor: el que escribió el original o quien lo dijo intus y abierto a otras interpretaciones para hacer su lectura irremplazable y apropiarse de él a fin de

convertir un texto árabe o judío en un poema de Gelman y anclarlo a la poesía argentina en particular y española en general.

Fue más acertado que todos los que lo han seguido por este camino. Sin pueros de acuerdo, prolongó las reivindicaciones del luddo o castillano sedfandi que han hecho entre nosotros Myriam Moscona y Angélica Muñoz-Haberman. En *Ómnica* escribe:

Amor es eso. Un hacha que se dice / Un arpa que se dice / Que de solombra / Y el mismo lo traduce al español actual.

Amor es eso. Una palabra que está por decir / Un arbolito sin hacer / Que de solombra.

"Argentina hasta la muerte". Juan Gelman por sus veinte años de vida y de trabajo aquí, dejó también en la poesía mexicana una huella radiante que no se borra. ■ **UJEP**

El último *Inventario* de José Emilio Pacheco, publicado el 26 de enero de 2014 en la revista *Proceso*.

se adquiere por vía indirecta). En sus *Inventarios*, Pacheco cumple un sentido ético entrañable, porque sus textos son un profundo encuentro del yo con los otros. Este aspecto es incluso perceptible en su estilo ensayístico, pues, como afirma Juan Villoro al compararlo con Octavio Paz, uno de los más grandes ensayistas (y poetas) mexicanos del siglo xx:

Si el estilo ensayístico de Octavio Paz es el de quien deletrea el mundo desde su balcón con luminosa contundencia, sin pedir auxilio a las voces con las que dialoga, pero que rara vez llegan a sus páginas en forma de citas, José Emilio Pacheco es su contraparte ensayística, el escribano que anuda los cabos sueltos de la tradición y se reconoce deudor de infinitos predecesores. En este sentido, "Inventario" representa la más dilatada muestra de cortesía en la literatura del idioma (2017, pp. 20-21).

Sospecho que a esta misma cortesía obedeció la búsqueda del anonimato de las columnas del *Inventario*, llenas de nombres de autores y de títulos de libros, pero casi desnudas de la identidad de su autor. Y con ello me refiero no sólo a la ausencia de su nombre, sino también a la esporádica alusión a su propia obra y persona en muy pocos textos, en los cuales él más bien operó como alguien cuya individualidad se develaba cuando era acicateado por terceros (aunque siempre se disculpó con sus lectores por usurpar ese espacio para referirse a asuntos relacionados con él mismo). En el fondo, a Pacheco le interesaba superar la egoísta concepción del arte y de la originalidad que rige en nuestras culturas, la cual criticó desde 1965:

La originalidad en arte, concepto nacido de la burgesía, cumplida su misión, está muriendo his-

José Emilio Pacheco Reescritura en movimiento



Yvette Jiménez de Báez
Editora

EL COLEGIO DE MÉXICO

tóricamente con ella. Quizá en adelante se eviten problemas haciendo que el arte sea, como en sus grandes épocas, anónimo y colectivo; concediendo (sin admitir) a cada obra un solo año de vigencia, pasado el cual sería borrada y olvidada para siempre. Acaso de este modo terminarían las tristes, cíclicas luchas de generaciones, las enemistades, las ofensas, y al suprimir el egoísmo de sus creadores, el arte ganaría en número de artistas (1966, t. 1, p. 255).

En sentido estricto, él sólo triunfó en su empeño de hacer un arte colectivo, porque, de manera paradójica, el pretendido anonimato de sus *Inventarios* se diluyó mediante su muy reconocible estilo de escritura: los lectores no requieren del nombre del autor para identificar sus *Inventarios*.

Al principio de este trabajo cité, por medio de Ángel de Campo, al también cronista decimonónico Juvenal. De Campo prevé que la labor literaria de Juvenal alcanzará una valoración mayor con el transcurso de los años, porque “los sociólogos e historiadores; los novelistas reconstructores; los filósofos andan a caza de trajes, tipos, usan-

zas, locuciones, que retraten fielmente el pasado, y en ese sentido, por lo que a la clase media toca, Juvenal ha legado a los curiosos del porvenir, una cartera rica en esbozos, en códices y en caricaturas” (1991 [1903], p. 205). Pacheco también nos ha legado, a los curiosos del pasado, del presente y del porvenir, un universo que desborda en recreaciones literarias, pero no sólo de la sociedad y de la cultura mexicanas, sino también del amplio ámbito occidental, porque, sin duda, en su trabajo cotidiano él seguía al pie de la letra el consejo de Terencio: “Nada humano me es ajeno”.¹

Referencias

De Campo, Ángel (Micrós) (1991 [1903]), “Semana Alegre” (26 de julio), en *La Semana Alegre*. México, Miguel Ángel Castro (ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 205-206.

Pacheco, José Emilio (1966), texto sin título incluido en la colección *Los narradores ante el público*, México, Joaquín Mortiz, t. 1, pp. 241-273.

Villoro, Juan (2017), *La vida que se escribe. El periodismo cultural de José Emilio Pacheco*, México, El Colegio Nacional.

¹ La cita exacta en latín es *Homo sum; humani nihil a me alienum puto*, que se traduciría como “Hombre soy; nada humano me es ajeno”. Aparece en la obra de Terencio *Heautontimoroumenos* (*El atormentador de sí mismo*), donde es pronunciada por Cremes para justificar su intromisión en un asunto en apariencia ajeno. En la tradición cultural de Occidente, la cita, usada también por Karl Marx, se ha convertido en una máxima para designar cuál debería ser la conducta general de todos los seres humanos. Como se sabe, en la cultura mexicana, Alfonso Reyes acudió a esta sentencia, la cual transformó, en su famosa polémica de la década de 1930, en una frase retomada por Pacheco como título, el 11 de mayo de 1975, en un artículo del *Diorama de la Cultura* no perteneciente a la serie de los *Inventarios*: “Nada puede ser ajeno sino lo que ignoramos (Alfonso Reyes)”.

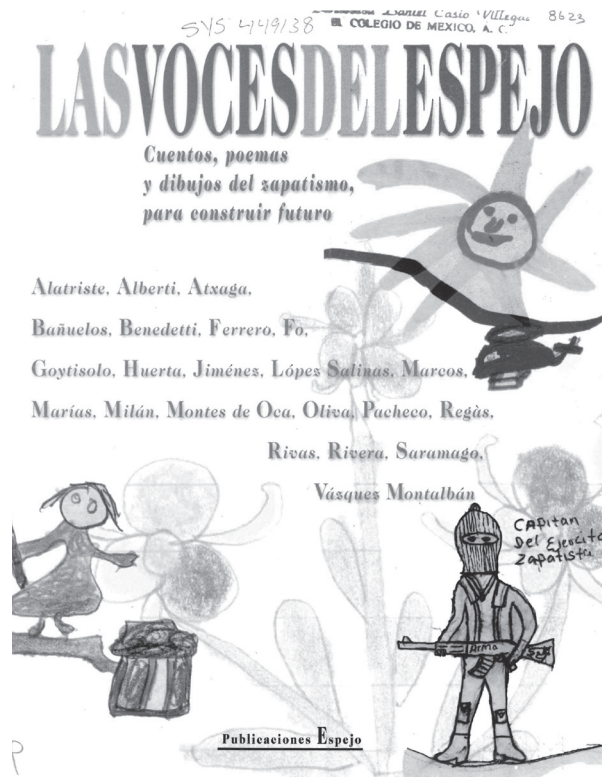
José Emilio Pacheco y los niños zapatistas

A principios de 1998, un grupo de militantes del Frente Zapatista de Liberación Nacional emprendió un proyecto editorial en el que se contó con la colaboración de José Emilio Pacheco.

La historia comienza cuando, tras el levantamiento zapatista de enero de 1994, una cooperante mexicana-española ocupó cada minuto que lograba liberar de su labor como profesora universitaria para tomar camino hacia las comunidades zapatistas y aportar su tiempo y esfuerzo en diversas actividades. Una de ellas fue fungir como maestra de los niños de esos poblados. De cada viaje regresaba con dibujos realizados por los niños zapatistas, los que pronto se convirtieron en una rica colección.

¿Qué hacer con esas imágenes? La idea era publicarlas y entonces se pensó en acompañarlas con textos de escritores que así quisieran colaborar con tal empresa. Se mandaron copias de las imágenes a un grupo de literatos de muy distintas latitudes. La invitación fue a que esos dibujos que se les enviaban se convirtieran en espejos en los que ellos se reflejaran y, entonces, escribieran lo que ese juego de imágenes les inspirara.

¿Cuántos de ellos responderían?, ¿o ninguno lo haría? Pasados unos días, las colaboraciones fueron llegando: cuentos, poemas, simples reflexiones que al final reunieron a escritores de España, Uruguay, Portugal, Italia, Guatemala y México; entre ellos, dos premios Nobel: Darío Fo y José Saramago; literatos con amplio reconocimiento, como Rafael Alberti, Mario Benedetti, Manuel Vázquez



Alatrisc, Alberti, Atxaga.

Bañuelos, Benedetti, Ferrero, Fo.

Goytisolo, Huerta, Jiménez, López Salinas, Marcos.

Mariás, Milán, Montes de Oca, Oлива, Pacheco, Regàs.

Rivas, Rivera, Saramago.

Vásquez Montalbán

Capitan del Ejercito Zapatista

Publicaciones Espejo

Montalbán y Juan Goytisolo; y también un grupo notable de escritores mexicanos, como Juan Bañuelos, David Huerta, Marco Antonio Montes de Oca y José Emilio Pacheco.

Esa conjunción de esfuerzos se convirtió en el libro *Las voces del espejo* que en diciembre de 1998 se imprimió al mismo tiempo en Bilbao y en la Ciudad de México en un tiraje total de 9 mil ejemplares.



res. El libro se distribuyó en México, Latinoamérica y parte de Europa, y los beneficios de su venta fueron destinados a los niños de las comunidades indígenas en resistencia de Chiapas.

Para *Las voces del espejo*, José Emilio Pacheco escribió el siguiente poema.

Unas cuantas imágenes

En todo ser humano debe haber más o menos la misma disposición para las artes.

El niño que descubre el lenguaje al mismo tiempo encuentra la poesía:

“Si se cae la luna ¿quedará todo en sombras?

¿Será siempre de noche?”.

Las pinturas rupestres se parecen.

Cada cueva prehistórica responde al mismo impulso del arte.

Sobre todo el dibujo de los niños resulta semejante donde quiera.

Nuestra común humanidad se muestra en esta prueba irrefutable.

El niño se apodera de lo que ve, lo transforma en imágenes propias:

“Ésta es mi casa

y éstos son mis padres.

Aquí está un árbol

y de él salen los pájaros”.

A simple vista

estos dibujos se dirían iguales

a los dibujos de otros niños

en Oklahoma o Dinamarca.

Pero al instante brota lo que los distingue:

estos aviones no son de juguete,

estos camiones llenos de soldados

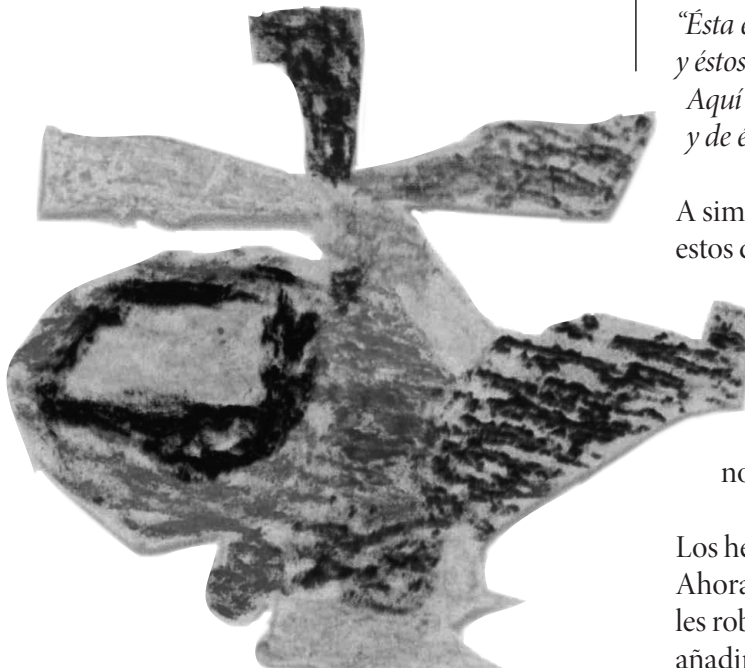
no son de pilas ni de plástico.

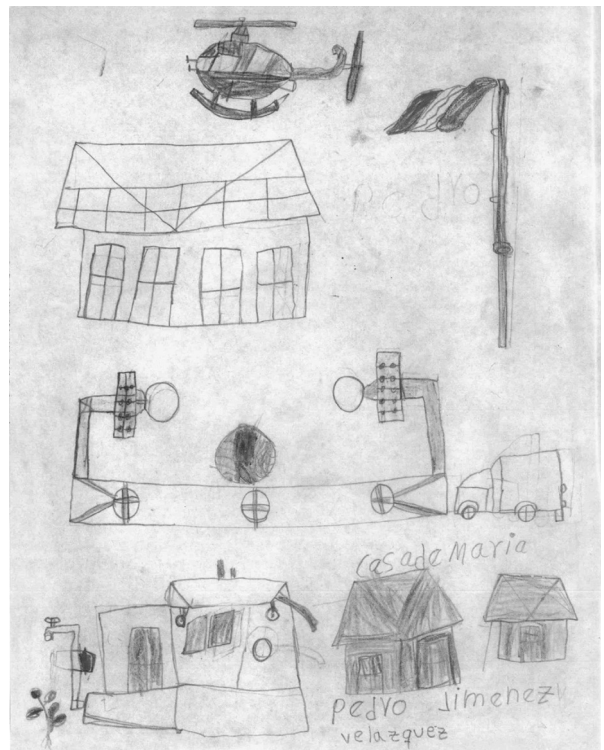
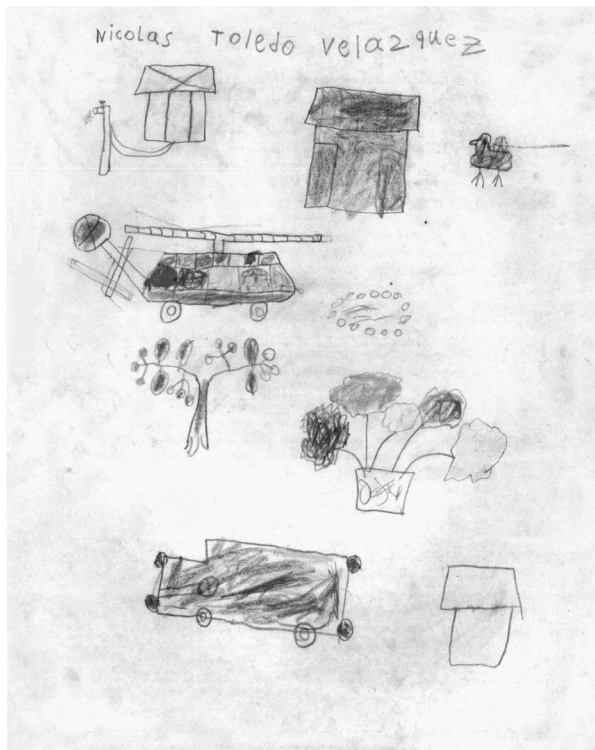
Los hemos despojado durante siglos.

Ahora también

les robamos su infancia que fue libre,

añadimos dolor a su penuria.






¿Para qué? me pregunto.

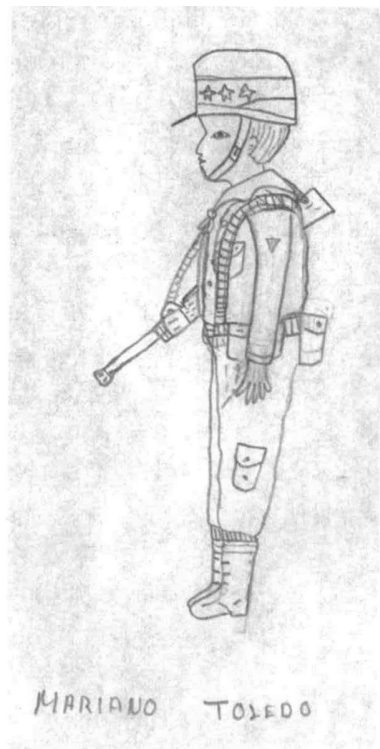
No me explico.

¿Para seguir viviendo en el terror y el horror
y para que el consumo de basura
ahogue al mundo entero?

¿Qué puedo hacer por ellos, por la paz, por su paz
que es la nuestra?

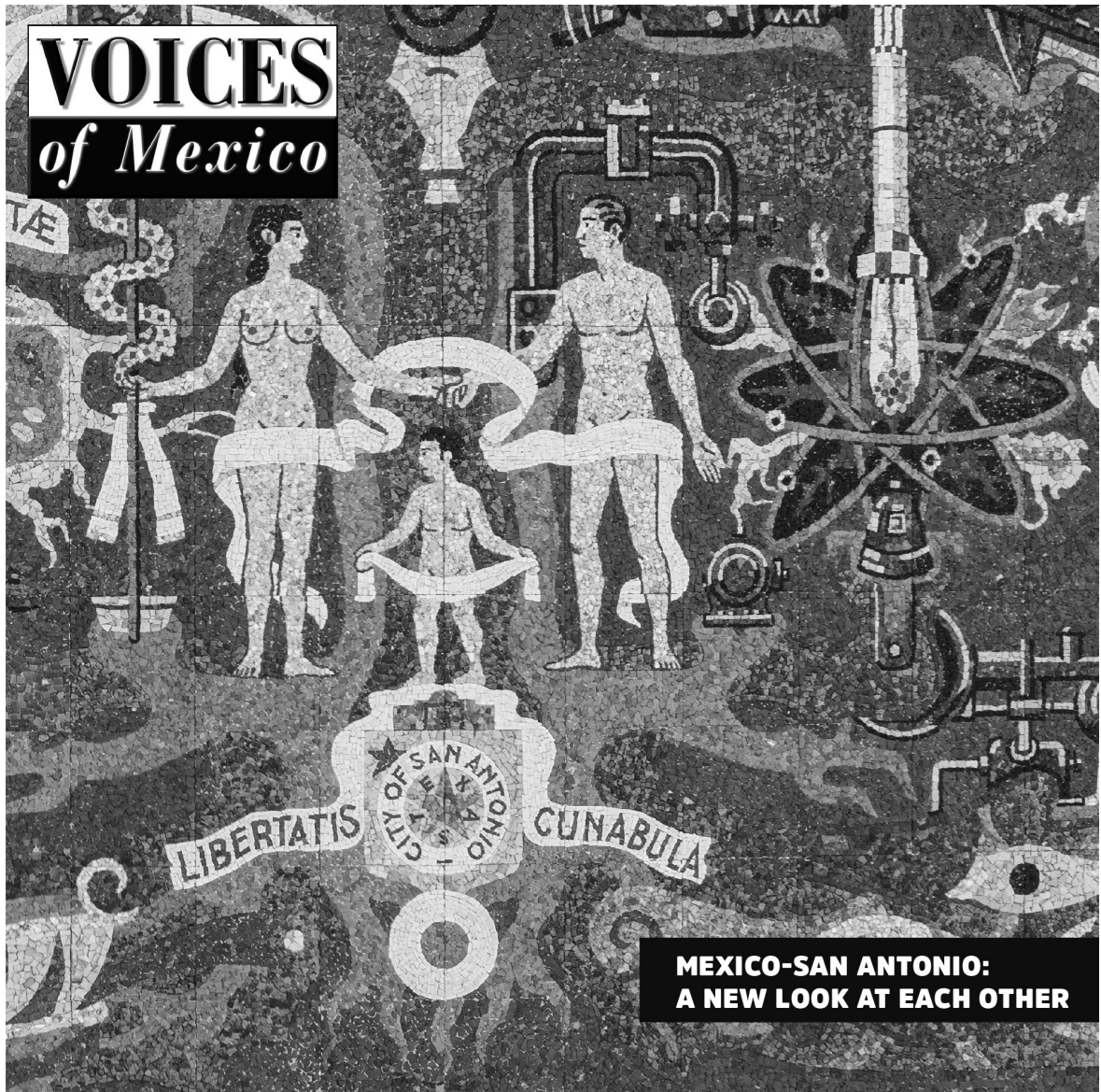
¿Cómo dar a los niños de estos dibujos
lo que merecen, lo que les debemos,
lo que todos los días les quitamos,
a veces sin saberlo?

Sólo puedo inscribir sobre la arena
—contra la oscuridad que nos rodea—
la frágil esperanza contundente
de que en esa mañana que ya es hoy
los dibujos recobren la inocencia,
se llenen con imágenes de paz
y nunca vuelva a haber armas en ellos. 





VOICES of Mexico



MEXICO-SAN ANTONIO: A NEW LOOK AT EACH OTHER

▲ Juan O'Gorman's Mural, *The Confluence of Civilizations* (1968). Photo by Nain León.

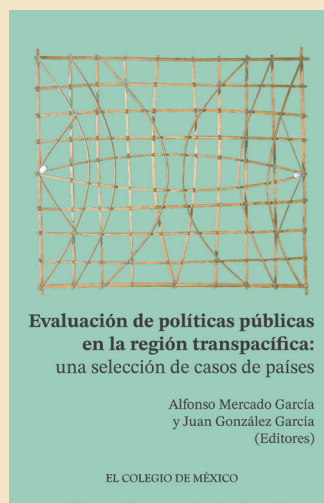
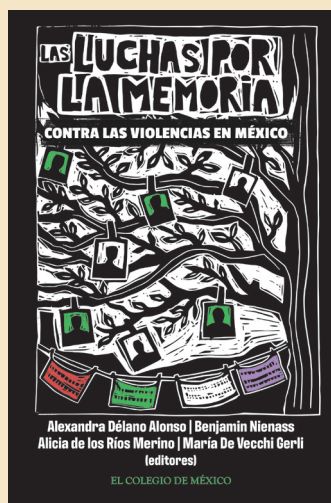
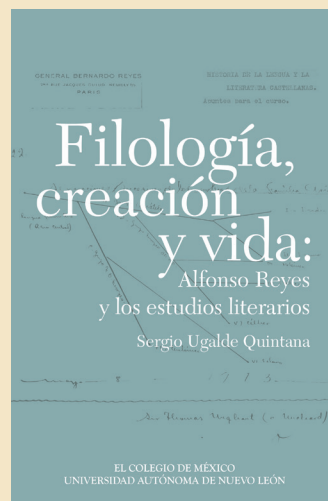
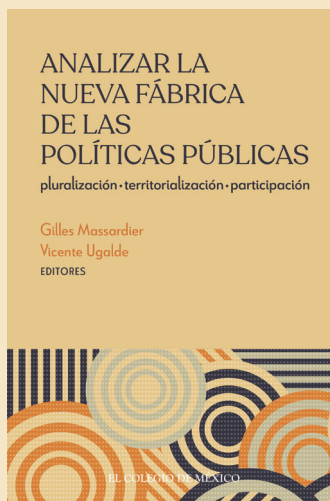
Issue 124, Autumn-Winter 2024

MAGAZINE Published entirely in English, brings you essays, articles and reports about the economy, politics, the environment, international relations and the arts.



CISAN • UNAM
ISSN: 0186-9418

NOVEDADES *editoriales*



Publicaciones
El Colegio de México, A.C.

El Colegio de México, A. C.,

Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, o correo electrónico: elibro@colmex.mx